

Intelectuales

Juan Francisco FUENTES

Universidad Complutense de Madrid
fuentes.juanfrancisco@gmail.com

GRACIA, Jordi: *A la intemperie. Exilio y cultura en España*, Barcelona, Anagrama, 2010, 256 pp.

LÓPEZ VEGA, Antonio: *Gregorio Marañón. Radiografía de un liberal*, Madrid, Taurus, 2011, 700 pp.

RABATÉ, Colette y RABATÉ, Jean-Claude: *Unamuno. Biografía*, Taurus, Madrid, 2009, 600 pp.

Superada felizmente la vieja aversión que la historiografía *à la page* profesó a la biografía, en los últimos tiempos el género goza en España de una salud envidiable, tanto en la cantidad como en la calidad de los títulos que van apareciendo, referidos a protagonistas de nuestra historia política o intelectual, e incluso a personajes que aúnan la doble condición de intelectuales y políticos, como las obras que Octavio Ruiz-Manjón y Santos Juliá dedicaron a Fernando de los Ríos y Manuel Azaña. No ha faltado quien lamentara recientemente la proliferación de biografías “de reyes y notables”, en detrimento de las apasionantes “experiencias cotidianas de hombres y mujeres rescatados de la multitud anónima”, pero lo cierto es que esta llamada a trasladar la corrección política al quehacer historiográfico no ha tenido, por lo menos de momento, el eco deseado por su promotor¹. El género sigue en auge, y lo mismo se puede decir de la historia política, mucho más comprensible para el público no especializado que una historia social lastrada todavía, pese a su indudable renovación en los últimos tiempos, por visiones muy dogmáticas de los fenómenos que pretende interpretar.

Las biografías intelectuales no resultan necesariamente menos controvertidas, ni por tanto menos atractivas, que las dedicadas a los grandes estadistas, sobre todo cuando se trata de intelectuales que en algún momento de su carrera participaron activamente en la vida política. En realidad, casi todos en el siglo XX lo hicieron, por eso a finales del siglo XIX surgió un término, el sustantivo *intelectual*, que permitía distinguirlo del escritor tradicional, llamado en ocasiones “escritor público” cuando solía intervenir en el debate político a través de la prensa y no existía todavía una voz específica que lo representara. El término *intelectual* nació en España en vísperas del 98, más o menos a la vez que en Francia, coincidiendo, no por casualidad, con la aparición pública de la primera gran generación intelectual de la historia de España. Tampoco es casualidad que el neologismo figure por primera vez en español en la correspondencia de Miguel de Unamuno hacia 1896–1897.

¹ CASANOVA, Julián: “Historia de tambor y trompeta”, *El País*, 3 de noviembre de 2009.

El riquísimo epistolario del catedrático y escritor bilbaíno, compuesto de varias decenas de miles de cartas escritas o recibidas por él, es una de las principales fuentes de la monumental biografía que le han dedicado Colette y Jean-Claude Rabaté. Si a ello añadimos su amplísima obra literaria, incrementada incesantemente con nuevos inéditos, sus discursos y conferencias y los miles de artículos escritos para la prensa –probablemente más de cinco mil– tendremos una idea del extraordinario acervo documental que dejó a su muerte don Miguel de Unamuno. En ocasiones, el gran reto de una biografía es reunir las fuentes necesarias para cubrir razonablemente toda la trayectoria del protagonista. Aquí se trata más bien de lo contrario: el peligro es que la documentación llegue a ser inmanejable y lastre, por un prurito de erudición o exhaustividad, el ritmo y la inteligibilidad de la obra. Hay que decir que los autores de esta biografía salen francamente airosos del reto, porque estas casi ochocientas páginas no parecen excesivas cuando se trata de un personaje tan prolífico y polifacético, convertido por las circunstancias, y un poco también por su afán de notoriedad, en uno de los grandes protagonistas de la vida intelectual y política española en una etapa decisiva.

Los riesgos de una biografía de este tipo eran enormes, por la descomunal dimensión del personaje y su obra y por la tentación de cualquier autor, y más cuando se trabaja sobre un tema de esta magnitud, de ponerse por encima de su biografiado y ahogarlo en una pura exégesis de su obra. Lo que hacen Colette y Jean-Claude Rabaté tiene por tanto un mérito considerable. En vez de caer en la hiperinterpretación de los textos y en el análisis de las “estrategias discursivas” del autor –la sola expresión, hoy tan común, da escalofríos–, van desarrollando con un estilo claro y elegante la peripecia humana, intelectual y política de una de las figuras más contradictorias de la llamada Edad de Plata. Todo lo que los autores pierden en protagonismo, poniéndose en un segundo plano tras el personaje y su época, lo gana el libro en interés y en claridad. Desde ese punto de vista, se trata de una biografía modélica, basada en una documentación exhaustiva, escrita con un buen gusto poco común y capaz de mantener una prudente distancia con el biografiado sin por ello deshumanizarlo; al contrario, buscando en su personalidad paradójica las claves de su actuación y de su pensamiento.

Testigo y actor de una crisis histórica sumamente compleja, Unamuno obliga a los autores a moverse entre su faceta más íntima, expresada en su correspondencia familiar, su permanente crisis espiritual, la elaboración de una obra literaria apabullante en muy diversos géneros y registros y la dimensión pública de su figura, situada, a veces sin proponérselo, en el centro del debate nacional en momentos políticos que habrían de resultar decisivos. Historia política e historia intelectual se entremezclan, pues, continuamente en un relato muy bien trabado, en el que Colette y Jean-Claude Rabaté muestran una soltura encomiable al adentrarse en ámbitos tan distintos como puedan serlo el estudio de la obra poética unamuniana y el desarrollo de la crisis política de la Restauración². El libro nos ofrece, en suma, un personaje de carne y hueso, con todas sus –innumerables– contradicciones, lleno de altibajos, como su extensa

² Como error de detalle, cabe señalar que los autores califican equivocadamente de partido a la coalición electoral Solidaritat Catalana (pág. 270).

obra, y con un final que parecía escrito de antemano. Unamuno es, sin duda, un festín para cualquier autor ducho en el género, pero también una trampa si no se adopta el punto de vista adecuado, ni demasiado lejos ni demasiado cerca del personaje, por su probada capacidad para provocar tanto adhesiones incondicionales como juicios sumarisimos a su persona. El tópico de que estamos ante una biografía definitiva pocas veces ha estado tan justificado como en este caso.

Hay que felicitar también por la reciente publicación del libro *Gregorio Marañón. Radiografía de un liberal*, escrito por Antonio López Vega, quien pese a su juventud –la biografía es un género de madurez– supera brillantemente los múltiples desafíos que plantea una obra de esta naturaleza. También aquí cabe hablar del riesgo de la hiperdocumentación y de la tentación de envolver al personaje en su abundantísima obra hasta dejarlo irreconocible en su dimensión más genuinamente humana. Bien es cierto que junto a su producción científica y ensayística, cuantificada en 125 libros y 1.800 artículos, según recuerda Juan Pablo Fusi en su espléndido prólogo, Marañón dejó también un rico epistolario, sobre todo familiar, que permite poner un contrapunto personal a su trayectoria pública, principalmente académica y científica. Tal es sin duda uno de los grandes logros de este libro: engarzar la formación intelectual del personaje y el ejercicio de su vocación científica con su experiencia vital más íntima, según se expresa, por ejemplo, en su correspondencia con su mujer, Dolores Moya.

No deja de ser curiosa la comparación con Unamuno, con quien Marañón mantuvo, como otros miembros de su generación, una intensa relación de amor–odio y una jugosa correspondencia, publicada en su día por el propio López Vega. Frente a la personalidad atrabiliaria y un tanto dispersa de don Miguel, el doctor Marañón siguió siempre una trayectoria vital, intelectual y afectiva asombrosamente rectilínea, sólo quebrada bajo la Dictadura de Primo de Rivera y sobre todo durante la Guerra Civil y la inmediata posguerra. Fue probablemente el menos politizado de los intelectuales españoles de la Edad de Plata, aunque ello no le impidiera arrimar el hombro cuando consideró llegado el momento de poner fin a la Monarquía de Alfonso XIII. Lo hizo más por puro civismo que por vocación política, que ni siquiera mostró en el Parlamento, cuando en 1931 fue elegido diputado por la Agrupación al Servicio de la República, que él contribuyó a crear. Ello no es óbice, más bien todo lo contrario, para que se le pueda considerar un liberal en el sentido más amplio del término: en su carrera profesional, en su talante personal, en su filosofía de la vida y en su compromiso cívico con las causas más justas.

El libro de López Vega abunda, desde el propio título, en ese “profundo liberalismo”, como lo llamó Aranguren, que lo impregna todo en la multifacética actividad del doctor Marañón. Es un mérito indudable del autor el haber sabido lidiar con aspectos del personaje, como su práctica de la medicina y su producción estrictamente científica, muy alejados de su condición de historiador, y haberles dado sentido en el marco general de esta biografía intelectual. Pero se entiende que los momentos más brillantes del libro coincidan con los episodios de mayor dramatismo histórico, como son la Guerra Civil y el exilio, a los que dedica el tercero de los cuatro bloques –“Desconcierto”– que componen el libro. Aparece aquí un personaje que, acaso por primera vez en su vida, se encuentra a merced de las circunstancias históricas que

mandan en España y en el mundo. Particular interés tiene el estudio de los manuscritos en los que estuvo trabajando por entonces en París, especialmente su proyecto sobre los exilios españoles en Francia, del que ha quedado un material extraordinario, en parte todavía inédito.

López Vega trata pormenorizadamente los principales empeños de los últimos veinte años de su vida: su posibilismo ante el franquismo, sobre cuya evolución política había formulado a principios de los cuarenta vaticinios pronto desmentidos; su temprana lucha por la reconciliación nacional, cuando era un tema tabú en organizaciones políticas que luego lo hicieron suyo, y su inserción en lo que algunos llamaron la tercera España, interpuesta entre los dos bandos que protagonizaron la Guerra Civil. En uno de los últimos epígrafes del libro aparece esbozada por Marañón una teoría de la convivencia, superadora de las dos Españas y del trauma de la Guerra Civil, que López Vega enlaza con la experiencia de la transición democrática en los años setenta. Este “anticipo de la transición”, como lo llama el autor, se reconoce sobre todo en unas declaraciones que el doctor Marañón realizó al diario mexicano *Excelsior* en 1958, bajo la impresión todavía de los disturbios estudiantiles del curso 1955–1956, cuyo eco parece percibirse en algún pasaje de la entrevista –“advierto en los jóvenes (...) un deseo de que España sea libre”–. No hay exageración al relacionar al último Marañón con la transición política iniciada quince años después de su muerte. Su correspondencia en los años cincuenta con el socialista Luis Araquistáin, citada por López Vega, pero tal vez merecedora de una mayor atención por su parte, está plagada de reflexiones históricas y políticas de gran interés sobre los traumas del pasado y la necesidad de superarlos mediante un régimen de nuevo cuño, dispuesto a poner fin al círculo vicioso de sectarismo y exclusión que había marcado la historia de España. En la propia correspondencia de Araquistáin, en una carta suya a Julián Gorkin, encontramos unas palabras que habrían encajado perfectamente al final de este libro: Marañón, le dice en 1957 el exdiputado socialista al antiguo dirigente del POUM, “puede desempeñar –lo está desempeñando ya– un papel importante como hombre de concordia en la fase de transición, que será muy difícil y peligrosa”. Ni Marañón ni Araquistáin vivieron para verlo, pero es indudable que la impresionante manifestación de duelo, con la que empieza y acaba este magnífico libro, que acompañó el traslado al panteón familiar de los restos mortales del doctor Marañón, tuvo mucho de reconciliación espontánea en torno a una figura venerada por todos.

El libro *A la intemperie. Exilio y cultura en España*, de Jordi Gracia, tiene algo de biografía espiritual, más que intelectual, de la España exiliada en 1939, depositaria y continuadora, mientras lo permitió el reloj biológico del exilio, de la cultura española de la preguerra. La enorme dificultad del tema, mayor aún al abordarse en poco más de doscientas páginas, aconseja ser prudente en la crítica a los flancos más vulnerables de la obra, empezando por algunas de sus carencias: no se han utilizado algunos epistolarios decisivos, como el de Luis Araquistáin, depositado desde hace treinta años en el Archivo Histórico Nacional, y el de Sender–Maurín, editado en su día por Francisco Caudet, y no se plantea una comparación con exilios anteriores, como el de 1823, que hubiera mostrado una significativa continuidad en ciertos fenómenos y comportamientos, que podría esclarecer algunas de las dudas que este libro deja en el aire. A ello se añade un eje argumental hartamente discutible, construido en torno a una

teoría de la conspiración –conspiración de silencio– que explicaría la difícil inserción del mundo del exilio, de sus figuras, de su obra y de sus símbolos, en la democracia nacida de la transición.

El tema de la “amortización” o “jibarización” del exilio, como lo llama el autor, es de una enorme complejidad y sería injusto reprochar a este libro que lo deje sin resolver, porque en obras mucho más ambiciosas ha quedado no ya abierto, sino mal resuelto, que es peor. Se da por hecho que la emigración republicana –el término exilio es relativamente tardío– fue marginada por la España democrática como tema de estudio y lugar de memoria. Gracia hace un balance interesante sobre la evolución del tema en la agenda cultural española –cine, libros, exposiciones– a lo largo de los últimos treinta y cinco años, que mostraría una muy pobre presencia en los primeros años y un indudable apogeo en la última década, a rebufo del protagonismo que la izquierda, tanto desde el poder como desde la oposición, ha concedido a la llamada memoria histórica. El inventario realizado por Gracia muestra cuál es el camino a seguir para la confirmación o el desmontaje de ciertas visiones del pasado que se tiende, demasiado apresuradamente, a dar por demostradas. Tal vez un cálculo más exhaustivo nos deparara, sin embargo, alguna sorpresa sobre la supuesta marginación de un fenómeno que, por ejemplo, inspiró, en 1982, la primera película española premiada con un Oscar –*Volver a empezar*, de José Luis Garci– y cuya trascendencia quedó asimismo solemnizada, con enorme repercusión mediática, con la llegada a España por las mismas fechas del *Guernica* de Picasso.

La cuestión del exilio requiere en realidad un cambio de perspectiva de muy difícil ejecución, por la existencia de inercias historiográficas y de elementos de corrección política fuertemente arraigados que han convertido el tema en una verdadera tautología. Desde la perspectiva de ciertos sectores de la izquierda, se diría que el regreso a España –de un exiliado, vivo o muerto, o de su obra– suponía una claudicación ante una suerte de chantaje moral procedente del interior, mientras que su permanencia fuera sería una prueba inapelable de exclusión. No cabía, pues, un final feliz para la diáspora republicana, porque en todo caso, pasara lo que pasara, siempre se demostraría o el carácter excluyente o el perverso oportunismo de la nueva España democrática. Eso explica la valoración pesimista que, como recuerda Jordi Gracia, motivó la llegada del *Guernica* en el joven Fernando Savater, que vio en aquel acontecimiento una cortina de humo tras la cual se ocultaba a todos aquellos que se quedaban fuera, escritores y artistas que ya nunca volverían o incluso que, estando ya de vuelta, como José Bergamín, en realidad seguían exiliados –no se sabe por qué–. Hay otro ejemplo sintomático de esa mitificación del exilio por la izquierda del interior, más papista que el Papa en el culto a ciertos mitos. Pablo Castellano, entonces dirigente del PSOE, se opuso al regreso a España, en 1978, del cadáver de Largo Caballero por considerar, según afirma en sus memorias, que resultaba “más elocuente dejar constancia de su muerte en el exilio”. El problema era que el llamado Lenin español, al hacer testamento en Francia en 1941, había dejado bien clara su voluntad de que su cuerpo fuera enterrado en España, en cuanto las circunstancias lo permitieran: “Quiero volver a España, aunque sea muerto. (...) La emigración ha acentuado en mí el amor y el cariño al país en que nací. Realmente, hasta que se vive en la emigración forzosa no se sabe lo grande y hermosa que es España”. La actitud de la izquierda

irredenta podría resumirse, por tanto, así: para que los exiliados, llámense Sánchez Albornoz, Rodolfo Llopis, Tarradellas o Largo Caballero, avalaran con su regreso, vivos o muertos, un mensaje de moderación y concordia era mejor que se quedaran fuera. Al menos así se demostraría que la nueva democracia española –“democracia caníbal”, la llama Gracia– no quería saber nada del exilio, esa fuente de verdadera legitimidad democrática.

Se parte, pues, en general, y este libro no es una excepción, de un equívoco de grandes proporciones sobre lo que fueron el exilio y los exiliados, como si estos últimos hubieran sido los defensores de una plenitud democrática que no tenía cabida en la España de los pactos y los consensos, mientras la izquierda del interior se apuntaba con cínico entusiasmo a la *Realpolitik* del momento. La realidad es exactamente la contraria: la moderación empezó en el exilio y acabó llegando al interior, y no a la inversa, tal vez por el envejecimiento inexorable de la emigración y por su mayor vulnerabilidad a eso que Manuel Azaña llamó “la musa del escarmiento”. Algunos de ellos eran plenamente conscientes del papel que la historia les reservaba: “Yo creo que en España se volverá a una democracia plena aunque nosotros no volvamos a tiempo, y acaso precisamente porque no volvamos”. Así de rotundo fue Luis Araquistáin en unas declaraciones a un periódico peruano a finales de los cincuenta.

Cabe preguntarse si los intelectuales vivieron de forma distinta la experiencia del exilio y si mantuvieron una actitud más intransigente que los líderes de partidos y sindicatos ante la transición política. El testimonio tardío del escritor José Bergamín así lo hace pensar: “Lo que este país necesita”, le dijo a Fernando Savater en plena transición, “es otra guerra civil, pero que esta vez ganen los buenos”. No se puede generalizar, pero es tentadora la idea de que los intelectuales son más propensos al nihilismo que los políticos y revolucionarios profesionales, al cabo prisioneros de una realidad que suele poner límites a sus peores delirios. La historia de los intelectuales no deja en muy buen lugar a este espécimen nacido y tal vez desaparecido con el siglo XX. En España, Unamuno, pese a sus excesos y extravagancias, y el doctor Marañón contribuyeron sin duda a salvar la dignidad del gremio. Pero harán falta aún muchos libros como los reseñados en estas páginas para calibrar la aportación de los intelectuales a la historia del último siglo.